

RESUMEN COMPLETO

Hace 100.000 años, en la Tierra vivían al menos seis especies de humanos. Seis. Hoy queda una. La nuestra.

¿Qué pasó con las otras cinco? Y lo más inquietante: ¿qué tuvimos que hacer para ser los últimos? Quédate hasta el final, porque la respuesta tiene que ver con algo que usas todos los días y que, exactamente, no existe.

Sapiens. De animales a dioses cuenta la historia de nuestra especie en un solo golpe: desde un simio que no pintaba nada en la sabana hasta un animal que ya está tocando su propio diseño biológico.

Es un libro de historia, sí, pero no de reyes y batallas. Harari mira la película entera desde muy arriba. Y desde arriba, lo que ve es que todo gira alrededor de una cosa: nuestra capacidad de crearnos historias juntos.

Yuval Noah Harari nació en 1976 y es profesor de historia en la Universidad Hebrea de Jerusalén. Empezó especializándose en historia medieval y militar, y se doctoró en Oxford. Sus primeros libros hablan de operaciones especiales en la era de la caballería y de cómo la guerra moderna construyó su propia cultura.

Después dio un giro y se pasó a la historia del mundo, a los grandes procesos que duran siglos. Eso explica el tono del libro: alguien acostumbrado a estudiar guerras mira a la humanidad entera y se pregunta qué nos une y qué nos mueve.

PARTE 1: LA REVOLUCIÓN COGNITIVA

Capítulo uno. Hace 2,5 millones de años ya había humanos, pero eran animales sin importancia, con el mismo impacto que unas medusas. Vivían de carroña, esperando a que leones y hienas terminaran para rascar el tuétano de los huesos. Harari lo compara con el dictador de una república bananera: llegamos a la cima de la cadena alimentaria tan rápido que seguimos llenos de miedos.

El fuego ayudó. Cocinar acortó el intestino y dejó energía para un cerebro enorme, que ya consume el 25 % de lo que gastamos en reposo.

Y entonces aparece la pregunta incómoda, perdón, la pregunta difícil: ¿qué pasó con los neandertales y los demás? Hoy sabemos que entre el 1 y el 4 % del ADN de europeos y asiáticos occidentales es neandertal. Hubo mezcla, pero poca. Y Harari no descarta que el encuentro acabara en violencia. Sus palabras: los neandertales eran demasiado familiares para ignorarlos y demasiado distintos para tolerarlos.

Capítulo dos. Hace unos 70.000 años pasa algo. Mutaciones del cerebro, dice la teoría más extendida, y nace un lenguaje distinto. No era el primero. Los monos

verdes ya avisan de “cuidado, un león”. Pero solo nosotros podemos hablar de cosas que no existen.

Y ahí está el truco. Un grupo de chimpancés se estabiliza con unos 50 miembros. Los humanos, con chismorreos, llegamos a unos 150. Para pasar de ahí necesitas mitos compartidos: dioses, naciones, dinero. Harari usa a Peugeot como ejemplo. La empresa tiene 200.000 empleados, pero ¿dónde está Peugeot? No son los coches, ni las fábricas, ni los directivos. Es una ficción legal. Y funciona.

Capítulo tres. Antes de la agricultura, vivíamos en bandas pequeñas y variadas. Harari desmonta la idea de “la vida natural del ser humano”: no hubo una, hubo miles de culturas distintas. Los recolectores trabajaban menos horas, comían mejor y sabían muchísimo más de su entorno que nosotros. Pero tampoco los idealiza: el pueblo aché abandonaba a los ancianos y mataba bebés. Ni ángeles ni demonios. Humanos.

Capítulo cuatro. El diluvio. Cuando los sapiens llegan a Australia, hace 45.000 años, de 24 especies de animales de más de 50 kilos, desaparecen 23. En América, en dos mil años, desaparecen unos 34 de 47 géneros de grandes mamíferos en el norte y 50 de 60 en el sur. El patrón se repite isla tras isla. Harari lo dice sin rodeos: somos el asesino ecológico en serie de la biología. Y todo esto antes de inventar la escritura.

PARTE 2: LA REVOLUCIÓN AGRÍCOLA

Capítulo cinco. Harari lo llama el mayor fraude de la historia, y aquí viene su giro más famoso: no domesticamos el trigo, el trigo nos domesticó a nosotros. De una hierba perdida pasó a cubrir 2,25 millones de kilómetros cuadrados. Nosotros pasamos a partirnos la espalda sacando piedras del campo.

Los agricultores comían peor, trabajaban más y morían de más enfermedades. Pero había más bocas, y en la lógica evolutiva eso es éxito. En Jericó, la misma zona que alimentaba a 100 personas pasó a mantener a 1.000, más hacinadas y enfermas. Es la trampa del lujo: cada mejora parecía razonable y nadie veía el conjunto. Y atención, que Harari lo compara con nosotros: el graduado que promete trabajar duro hasta los 35 y acaba con hipoteca, hijos y dos coches.

Con los animales fue peor. Gallinas y vacas son un éxito en número y de las criaturas más desdichadas que han existido. Y un detalle que descoloca: Göbekli Tepe sugiere que primero pudo venir el templo y luego la aldea.

Capítulo seis. ¿Cómo cooperan millones de extraños si no tenemos instintos para eso? Con órdenes imaginados. Harari pone cara a cara el Código de Hammurabi, que dice que las personas son desiguales, y la Declaración de Independencia de

Estados Unidos, que dice que todos somos iguales. Y suelta que los dos son mitos. Traducida a biología, “creados iguales” sería “evolucionados de manera diferente”.

Ojo, no lo dice para burlarse. Dice que esos órdenes son la única manera de cooperar a gran escala. Y que se mantienen porque no admitimos que son inventados, porque están metidos en nuestra arquitectura y nuestros deseos, y porque viven en la cabeza de millones de personas a la vez. No hay manera de salir: cuando derribas los muros de tu prisión, corres hacia el patio de una prisión más grande.

Capítulo siete. Los cerebros no sirven para guardar números. Así que en Sumer, entre 3500 y 3000 a. C., se inventa la escritura. Y lo primero que escribimos no es poesía. Es: “29.086 medidas de cebada, 37 meses, Kushim”. Un contable. El primer nombre de la historia es el de un contable. Los incas lo resolvieron con nudos, los quipus. Y la burocracia nos cambió la cabeza: tuvimos que aprender a pensar en cajones.

Capítulo ocho. No hay justicia en la historia. Castas, razas y géneros son ficciones que se vuelven realidad por círculos viciosos: una circunstancia casual se endurece en sistema. Los africanos acabaron esclavizados en América en parte porque eran más resistentes a la malaria. El patriarcado es casi universal y Harari admite que ninguna explicación lo convence, ni la fuerza, ni la agresividad, ni los genes. Distingue sexo, que es biología, de género, que es cultura.

PARTE 3: LA UNIFICACIÓN DE LA HUMANIDAD

Capítulo nueve. La historia tiene dirección: hacia la unidad. En 1450 aún había mundos aislados, como Tasmania, que vivió 12.000 años sin saber que existía nadie más. Hoy somos uno solo. Tres fuerzas lo lograron: el dinero, los imperios y las religiones universales.

Capítulo diez. El dinero, el conquistador más tolerante. Cuando Cortés explica por qué los españoles quieren oro, dice que tienen “mal de corazón”. El dinero funciona porque confiamos, y permite convertir casi todo en casi cualquier cosa. Cristianos y musulmanes que no se ponían de acuerdo en nada aceptaban las mismas monedas. Pero tiene su sombra: corroe lo que no tiene precio.

Capítulo once. Los imperios. Harari defiende una idea poco cómoda: casi toda cultura actual es herencia de algún imperio brutal. Los españoles ensalzan a Numancia en un idioma que viene de Roma. Los indios beben té y juegan al críquet gracias a los ingleses. Sus gobernantes ya no lo ven como “ellos”: ellos se convierten en “nosotros”. Y apunta a que hoy se está formando un imperio global.

Capítulo doce. Las religiones. Para Harari, una religión es un sistema de normas humanas basado en un orden sobrehumano. Recorre animismo, politeísmo, monoteísmo, dualismo y el budismo, que parte del sufrimiento y no de un dios. Y aquí viene la vuelta: el comunismo y el liberalismo también cumplen esa definición. Habla de humanismos que veneran a la humanidad, el liberal, el socialista y el evolutivo, el de los nazis.

Capítulo trece. El secreto del éxito: no hay secreto. Lo que parece inevitable no lo era. En el año 306 nadie habría apostado por que el cristianismo gobernara Roma. Y la historia no trabaja para nuestro bienestar. Es, dice, ciega.

PARTE 4: LA REVOLUCIÓN CIENTÍFICA

Capítulo catorce. Hace 500 años pasó algo único: admitimos que no lo sabíamos todo. Ignoramus. Las tradiciones anteriores creían tener todas las respuestas. La ciencia moderna hace tres cosas: reconoce ignorancia, se apoya en observación y matemáticas, y busca poder. Saber es poder, escribía Bacon. En 1500 éramos 500 millones; hoy 7.000 millones, con 240 veces más producción. Y nace el Proyecto Gilgamesh: tratar la muerte como un problema técnico. Harari recuerda a Eduardo I y Leonor de Castilla: dieciséis hijos, diez muertos en la infancia. Eso era normal.

Capítulo quince. La ciencia no flota en el aire: la financian imperios. El capitán Cook llevaba astrónomos y botánicos, y descubrió cómo evitar el escorbuto. Y a la vez abrió el camino a la colonización de Australia y al exterminio de los tasmanos. Truganini, la última, no fue enterrada hasta 1976. Los europeos dibujaron mapas con espacios vacíos y se sintieron atraídos por rellenarlos. Colón murió creyendo que había llegado a Asia; Vespucci fue el primero en decir “no lo sabemos”, y le dieron nombre a un continente.

Capítulo dieciséis. El credo capitalista. Su idea central es que los beneficios se reinviertan en producir más. Funciona porque el crédito nos deja financiar el presente con el futuro, y eso exige creer que el pastel crece. Harari muestra cómo los holandeses financiaron un imperio con acciones, cómo Francia perdió la confianza con la burbuja del Mississippi, y el lado oscuro: el tráfico de esclavos, impulsado por la indiferencia y el negocio, no por el odio, y el Congo belga. Su frase: el capitalismo ha matado a millones por fría indiferencia ligada a la avaricia.

Capítulo diecisiete. La revolución industrial es, sobre todo, conversión de energía: calor a movimiento. La energía del Sol que llega en 90 minutos equivale a todo lo que consume la humanidad en un año. La industrialización de la agricultura trajo la ganadería industrial. Los monos de Harlow lo demuestran: preferían un muñeco de trapo sin leche a uno de alambre con leche. Y nace el consumismo: los ricos invierten, las masas compran.

Capítulo dieciocho. Una revolución permanente. Los relojes y los horarios mandan. La familia y la comunidad se desploman y las sustituyen el Estado y el mercado: nos hicieron individuos. Pero también vivimos la época más pacífica de la historia: en 2002, más gente se suicidó (873.000) que murió por guerra y crimen (741.000).

Capítulo diecinueve. ¿Y somos más felices? Nadie lo ha estudiado bien. Hay indicios: el dinero ayuda hasta cierto punto, la familia pesa más que la riqueza, y todo depende de las expectativas. Los biólogos hablan de un termostato bioquímico. Y el budismo propone otra cosa: dejar de perseguir sensaciones. Harari lo deja abierto, pero apunta que quizá lo que importa es conocerse a uno mismo.

Capítulo veinte. El final de Homo sapiens. Un conejo verde fluorescente llamado Alba, un ratón con una oreja humana en el lomo, brazos biónicos, cerebros conectados. Tres caminos para sustituir la selección natural: ingeniería biológica, cíborgs y vida inorgánica. Y la pregunta que lo cambia todo: ya no es “¿en qué queremos convertirnos?”, sino “¿qué queremos desear?”.

Harari termina con una imagen: un animal que se convirtió en dios. Hemos reducido el hambre, la peste y la guerra, pero el sufrimiento de otros animales crece, y seguimos sin saber a dónde vamos. Y su última pregunta es esta: ¿hay algo más peligroso que unos dioses insatisfechos e irresponsables que no saben lo que quieren?

Eso es Sapiens. No te da una receta. Te da el mapa de cómo llegamos hasta aquí, y deja la decisión del rumbo en tus manos.